

y las negras vruelas le dieron;
avisóme su madre enseguida
y vine corriendo.

—
¡Angel mio! Sintiendo mis pasos,
anhelante hácia mí volvió el rostro.
Me miró y no me vió,.. Ya no habia
ni luz en sus ojos.

—
No me acuerdo del tiempo que estuve
con mi llanto su cuna regando;
sólo sé que me alcé con mi niño
sin vida en los brazos. —

—
Golondrina de pluma azulada
que en mi alero dejaste tu nido,
pues por él me preguntas, ya sabes
que fué de mi niño.

—
MANUEL F. Y GONZALEZ.

—
A. S. M. LA REINA DONA ISABEL II

Charitas non est ambitiosa;
non quærit quæ sua sunt.
San Pablo á los Corintios,
XIII.

Impulsos del corazon
Tráenme, señora, á tus piés.
¡Ah! No temas; que no es.

Mi pecado la ambicion.

Yo soy un alma apenada
Que solitaria camina,
Querellosa y peregrina
De otra parte desterrada.

Como el ave y como el viento
Raudo giro, libre canto,
Hasta los cielos levanto
El ansioso pensamiento.

Y aspiro en la inmensidad.
Tranquilo, dichoso, ufano,
El aliento soberano
De Dios, Patria y Libertad.

La libertad, santa idea
Que Jesús llevó al Calvario
No es el númen sanguinario
Que agita nefanda tea.

No es la lez de los que oprimen
A tristes de débil pecho,
Ni al miserable derecho
Conquistado por el crimen,

La fé, la fraternidad,
El amor y la esperanza
Son en próvida alianza
Fuentes de la libertad.

Por eso apuro sediento
De sus linfas la dulzura,
Y libre vivo en la pura
Espansion del sentimiento.

Deja, ¡oh Reina! qué un instante
Llegue á tus plantas gozoso

Y que á tu sombra reposo
Busqué el peregrino errante. —
Hay en España una tierra
Siempre verde, siempre hermosa.
Alza en ella majestuosa
Su frente gigante sierra.
Que allende la mar ve el moro
Allá desde el atlas rudo,
La contempla torvo, mudo,
Bañado en acerbo lloro.
Y en cólera aun no apagada,
Su fuerte pecho se agita;
Que aquella tierra bendita
Es la tierra de Granada.
Un rey débil la perdió;
Gardóla cristiana gente;
Es la perla de Occidente:
De esa tierra vengo yo.
¿Quién me trajo? ¿Cómo aquí
Bajo artesón opulento,
Yo que sólo al libre viento
Siempre mis cantares dí?
;Yo el sencillo trovador
Entre el tumulto escondido,
Como se esconde en su nido
En el bosque el ruiseñor!
¿Por qué suena mi laúd
Y lírico el potente moro?
Aquí me trajo, señora,
La magia de tu virtud.
Iba yo con triste anhelo

A mis sueños entregado,
En la tierra el pié cansado,
Fija la vista en el cielo.
Mis sueños vino á turbar
Hondo gemido que oí;
Volví el rostro y luego ví
A una cuitada llorar. —
;Por qué lloras? — Pobre España
Pideme otra vez dinero;
Y ¿cómo darle, aunque quiero,
Si es más pobre mi cabaña?
Tributo yo le pagué,
Dios sabe con cuánto afán!
¿Cómo á mis hijos sin pan,
Siendo madre dejaré?
¿Dios no tiene un ángel bueno
Que á los pobres nos acuda?
Quedó de quebranto muda;
Dejó la faz sobre el seno...
Y pasó. Por donde fui
Sólo quejas escuché;
Llanto en los unos miró,
Amenaza en otros ví.
Y se escuchaba el rumor
Del pueblo ya conmovido,
Como lejano zumbido
De huracan aterrador.
;Oh, Dios! á tu pueblo mira;
No levantes de él tu mano;
Castiga al réprobo insano
Que provoque audaz tu ira.

Mas, ¡ah! ; no al honrado y fiel
Alcance tu indignacion!...
Y Dios en el corazon
Tocó á la augusta Isabel.

Ardió en amor : corrió el lloro
En sus ojos, siempre fijos
En sus pueblos, en sus hijos;
Brotó de sus manos oro;

Y España la oyó exclamar
Trasportada de alegría :
• ¡ Bien haya la hacienda mia,
Que os puede el llanto enjugar !

¿ Rica yo ? ; Vosotros penas ?
Tomad la herencia sagrada
Por mis abuelos ganada,
Y la sangre de mis venas. —

Dios tu corazon bendijo,
Por él brilló la ventura,
Por él luego su amargura
Trocó España en regocijo.

Y en ardoroso tropel
Amante te victorea,
Y zumba el bronce y voltea
Aclamandote ; Isabel.

Oh tu, que en lazos tan bellos
Corazones eslabonas ;
Tú que ciñes dos coronas
Sobre los blondos cabellos.

La altiva diadema real,
Y la de virtud, más cara ;
¡ Oh, tú, mi reina preclara !

Ven á mi mundo ideal.

Yo soy un mago que evoco
A los héroes cuando canto,
Y del polvo los levanto
Si su helada tumba toco

Y como aliento recibo
De las pasadas grandezas,
Héroes cantando y proezas
Entre sarcófagos vivo.

Hay uno que admiro yo
De las artes muestra rara.
Que en mármoles de Carrara
El buen Borgoña labró.

Yacen en bultos sobre él,
Cual durmiendo en sueño blando,
El católico Fernando,
La católica Isabel.

En la densa oscuridad
Se envuelve la nave altiva,
Y parece que la ogiva
Se pierde en la eternidad.

Alto silencio : la gloria
Allí reposa de España :
Allí de hazaña en hazaña
Va pasando la memoria.

Sombras se miran vagar
De alto nombre y gran valor,
Y como en guardia de honor
Yace á la puerta Pulgar.

Colon, un mundo en la mano,
Ante Isabel se arrodilla,

Y en la de Gonzalo brilla
La espada del Garellano.

Allí en el retablo están,
Con su cruz, el gran Cisneros,
Y aguerridos caballeros,
Conquistadores de Orán

A compasion nos provoca,
Yaciendo en letal reposo
Junto á Felipe el Hermoso,
La infeliz Juana la Loca;

Y porque en aquel recinto
Nada falte á lo inmortal,
Allí el guila imperial
Representa á Cárlos Quinto.

¡Oh, cuán puras, cuán brillantes
Las páginas de la historia
Eternizó la memoria
De aquel mundo de gigantes!

¡Isabel! Tú, que en grandeza
A aquellos héroes igualas;
Tú, que has tendido las alas
Y has llegado hasta su alteza;

Tú, que no rindes al oro
Miserable idolatría
Y le truecas, Reina mía,
Por más precioso tesoro;

Tú, cuya fé se acrisola
Del patrio amor en la hoguera,
Y eres con el alma entera
Antes que Reina, española? —
Renueva antiguas hazañas,

Rompe del tiempo los lazos,
Alza á la gloria en tus brazos
Al hijo de tus entrañas:
Hazle la imágen tocar
De la primera Isabel,
Y en ella, en Ti, tome fiel
Ejemplo para reinar,

MANUEL DEL PALACIO.

MELODIA BUFFA.

EL DOS DE MAYO.

En deliciosa calma sumergido
yacía el pueblo ibero,
pensando en las ventajas del cocido
y el clásico bolero.

Mientras doliente y conmovida Europa
sobre sus armas vela,
España á los conventos pide sopa
tocando la vihuela.

Alguna vez recuerda las jornadas
en que venció á los moros,
y para no llorar dichas pasadas
bebe, y se va á los toros.

Un hombre en tanto abriga el pensamiento
de dominar la tierra,
y de uno á otro confin repite el viento
sus cánticos de guerra.

La vista clava en la region vecina
que le ocultó el Pirene,
la vé en su desaliño más divina,
y dice : me conviene.

Mas no turbando su feliz reposo,
conquistador la huella ;
como amigo se vende generoso
que va á velar por ella.

(Tal suele á la muchacha descuidada
burlar astuto amante
con promesa de boda suspirada
para más adelante ;

Y, al verse abandonada del ingrato,
conoce por la herida
que era una mano pérfida de gato
la mano prometida.)

Llegó el momento al fin : cayó la venda
que sujetaba el dolo ;
de la amistad la sacrosanta prenda
un lazo fué tan solo.

Comprendió cada cual sus intereses
que en nada coincidían,
y se armó entre españoles y franceses
lo que todos tenían.

Del tiempo aquel al tiempo en que nos vemos
muchos años pasaron :
de nuestros padres la memoria honremos,
por su nacion lucharon.

Guerra fué de conquista aquella guerra
y santo el patriotismo ;
siempre que extraños pisen esta tierra
sucederá lo mismo

Suban, pues, nuestras preces hasta el cielo
en honra de los bravos ;
no puso Dios los hombres en el suelo
para vivir esclavos.

Pero ¡ay! al par que su memoria triste,
lloremos este dia
por lo que hubo aquí bueno y ya no existe,
y lo que hay y no habia.

Pues á pesar del tiempo trascurrido
y haber de nuevo derrotado moros,
aún seguimos pensando en el cocido
la guitarra y los toros.

EL MUNDO.

Un pajarito que yo tenía
se me escapó;
y una muchacha que me quería
se me murió.

—
Así son todos los que no quieren,
así son todos, como eso dos,
unos se marchan, otros se mueren
y el hombre dice : ¡Vaya por Dios!

EN EL ESCORIAL.

SONETO.

¡Todo aquí es grande! soledad, tristeza,
horizonte, recuerdos, poesía,
el templo que los siglos desafía,
la salvaje y feraz naturaleza.

Donde un prodigio acaba, el otro empieza;
donde el pecho no siente, se extasía,
y á Dios el lábio su plegaria envía
sin que la voluntad le diga : ¡reza!

Ejemplo vivo del orgullo humano,
aquí, Felipe, del francés triunfante,

tumba labró y alcázar soberano.

Hacer no pudo más, y fué bastante,
que al enterrar su corazón enano
le dió por compañero el de un gigante.

EN LA CATEDRAL DE CORDOBA

¡Aquí esta Dios : su espíritu increado
del puro incienso entre las nubes flota...

¡Aquí la cruz... sobre la lanza rota
del fiero Abderraman!

Baña la luna el ajiméz calado,
y el viento que murmura tembloroso
tal vez finge el suspiro doloroso
del triste musulman.

—
¡Ay! esa luna, de su rito emblema,
oyó cien veces la oración del moro;
secó ese viento de su pena el lloro
y dicha le dió en pos.

Hoy el cristiano, del Koran blasfema,
y álzanse aquí sus cánticos de gloria...

¡Un Dios el héroe fué de esta victoria,
y el vencido... otro Dios!

AMOR OCULTO.

SONETO.

Ya de mi amor la confesión sincera
oyeron tus calladas celosías,

y fué testigo de las ansias mias
la luna, de los tristes compañera.

Tu nombre dice el ave plentera
á quien visito yo todos los dias,
y alegran mis soñadas alegrías
el valle, el monte, la comarca entera.

Sóla tú mi secreto no conóces
par más que el alma con latido ardiente,
sin yo quererlo te lo diga á voces;
y acaso has de ignorarlo eternamente,
como las ondas de la mar veloces
la ofrenda ignoran que les dá la fuente.

A QUEVEDO

SONETO.

De las amargas olas de tu llanto
nacieron las espumas de tu risa,
y hoy no distingue el ánima indecisa
lo que es en tí gemido y lo que es canto.

Ya del austero Bruto con el manto,
ya de Marcial siguiendo la divisa,
del tiempo, que de tí se aleja aprisa,
eres admiracion, gloria y encanto.

Bajo los dardos de tu ingenio agudos
el vicio y la maldad doblan las frentes,
hay jueces sordos y tiranos mudos;

qué tal fué tu mision entre las gentes;
ir por la tierra con los piés desnudos
aplastando cabezas de serpientes.

MANUEL DE LA REVILLA.

EL RESORTE DEL JUGUETE.

— Padre, aquel gran caballo de madera,
que por la habitacion solo corria,
en pedazos hé roto el otro dia
por saber qué resorte le moviera.

— ¿Y has hallado el resorte? — Nada hallo.

— ¿Y despues de trabajo tan penoso
qué ha conseguido al fin tu afan curioso?
Quedar con tu ignorancia y sin caballo.

— Ha procedido al cabo tu inocencia
como los hombres que en su afan profundo
el secreto motor que anima al mundo
quieran hallar por medio de la ciencia.

— Para ver el resorte del juguete
en cien pedazos lo rompió tu mano;
así tambien el pensamiento humano
quiebra lo que á su imperio se somete.

— Descomponiendo vá pieza por pieza
el mecanismo oculto de la vida,
y sin hallar la máquina escondida
rompe la forma, mata la belleza;

y cuando el hombre, de su afán vasallo,
cumplido juzga su deseo ardiente,
se queda como tú ¡pobre inocente!
con su antigua ignorancia y sin caballo.

EL TREN ETERNO.

— ¡Alto el tren!

Parar no puede.

— ¿Ese tren ¿á dónde vá?

— Por el mundo caminando
en busca del ideal.

— ¿Cómo se llama?

— Progreso.

— ¿Quién vá en él?

— La humanidad.

— ¿Quién le dirige?

— Dios mismo.

— ¿Cuándo parará?

— Jamás!

MANUEL VALCARCEL.

MI PATRIA Y SU FÉ.

Léjos del mundo, de los hombres léjos,

roto el laúd cuyas sonoras cuerdas
arrullaron los sueños virginales
de mi primera edad; mustia la frente
que envolvió despiadado en sus cendales
el frío espectro del dolor, ¿qué buscas,
musa insaciable, en mí? ¿Quieres que aliente
mi corazón con el sublime anhelo
que en el tesoro de su fé se encierra?
¿Quieres que con tus alas alce el vuelo,
y surque audaz los ámbitos del cielo
para tornar al lodo de la tierra!

Y ¿por qué no ha de ser? Surge atrevida,
surge en mi mente inspiración fecunda,
y presta formas, y color, y vida
á esa inmutable fé jamás vencida
que de entusiasmo el corazón inunda.
Brilla radiante sobre el alta cumbre,
y afrenta al mal en portentosa hazaña,
como del sol la esplendorosa lumbre
borda de luz la nube que le empaña.

Mas ¡ay! ¡Por qué cuando en febril impulso
siento latir el corazón, mis labios
un nombre sólo á pronunciar aciertan!
¡Oh España! ¡oh patria mía!
¿por qué tu dulce nombre á los agravios
con que el dolor enfrena mi alegría
unido he de encontrar? Cuando contemplo,
de tu pasado en la infinita sombra,
los heroicos fantasmas que en su giro
tornan el rostro que el pesar enluta;
cuando escucho el tristísimo suspiro

con que lamentas tu perdida gloria,
al mar de llanto que á mis ojos sube
temo no hallar ni limites, ni orilla
En las páginas de oro de la Historia
yo vi esculpido el nombre de Castilla
con el agudo y triunfador acero
que al árabe humilló; sobre su frente
el altivo laurel de la victoria
no perdió nunca su vendor primero;
era su inmenso pedestal la tierra,
gemía el mar bajo su ruda planta,
dábala el sol diadema esplendorosa, Y
y en su diestra elevaba poderoso
del Salvador la imágen sacrosantal!

Y hoy, ¡escarnio del mundo! ¡ruin juguete
de audaces ambiciosos,
miro bajo sus piés hecho pedazos
el cetro de dos mundos! Desvalida
vaga su fe en la noche,
y al alumbrar su inextinguible antorcha
de los templos la ruina desgajada,
esa incrédula turba que la oprime
lanza á su faz horrible carcajada!
¡Oh! ¡Espanto sin igual! Hunde en el
polvo,
hunde la adusta frente,
servil generacion que renegaste
de tu antigua virtud! ¡Tú la insensata
eres que, al golpe de la vil piqueta
de Dios pretendes sepultar el nombre!
¡Tú que encerrar en el recinto angosto

de la razon del hombre
quieres la inmensidad del infinito!
¡Tú que de Cristo el cuerpo sacrosanto
pulverizar intentas sobre el ara!
¡Tú que á la negacion tornaste en ciencia,
y al crimen precio le pusiste, avara,
subastando el honor y la conciencia!

Y bien ¡qué importa? Cuando ya no queda
en la nefanda copa del escándalo
solo una gota del hirviendo vino
de la prostitucion; cuando repose
en su embriaguez el mundo,
postrado á modo de cadáver yerto,
y rueda hasta las polos infecundo
el arenal movable del desierto;
cuando el espectro vil del ateísmo
extienda su sudario

sobre la hollada faz de las naciones,
no la corona ceñirás del triunfo;

Pechos habrá donde la fé inmutable
de Cristo aliente la divina idea;
huirá la noche, brillará la aurora,
y el hondo abismo en que Luzbel bravea
gemirá ante su enseña vencedora!

¿No visteis al leon que maniatado
con duros hierros en la jaula estrecha,
quizá un descuido de su dueño acecha
y sordo gime en tierra agazapado?
Llega un dia en que al impetu violento
de su furor destroza
la atroz cadena y las robustas barras;

salta entónces de rabia estremecido ;
abre los ojos ávidos, sus garras
convulso extiende, eriza la melena,
y lucha, y vencedor lanza un rugido
pue el monté el valle y la ciudad atruena,
por los salvajes ecos repetido !

¡Temblad, temblad ! La aurora de ese dia
en que triunfa el leon está marcada ;
¡temblad ! ya brama tempestad bravía
que va á arrojar vuestra insolencia impía
en el lúgubre abismo de la nada !
Pero ¡qué he dicho ? No ! Si vuestras leyes
rompen sangrientas fraternales lazos,
no temais tal de las cristianas greyes...
¡En la corona de sus nobles reyes
abre la Cruz sus amorosos brazos !

MARCOS ZAPATA.

TIERRA FIRME.

SONETO.

Como busca el piloto diestramente,
defendiendo su nave carcomida,
un abrigo en la costa apetecida
donde fijar del ancla el corvo diente ;
Así tambien del mundo en la corriente,

cansado de los mares de la vida,
busca en la paz de la mujer querida
puerto feliz el corazon ardiente.

¡Dichoso aquel que por bondad del cielo
encuentra en el regazo de una esposa
el arribo feliz de su ventura.

Playa de amor y de eternal consuelo :
para el bien de la vida, cuán hermosa !
para el goce del alma ; cuán segura !

MARQUÉS DE MOLINS.

FRANCISCO I^o EN VALENCIA.

Arde en fiestas y alborozo en á
la ciudad reina del Turia,
y sólo gime entre tanto
aquel á quien se tributan.

Por entre blancos azahares,
que el fresco ambiente perfuman,
mil egregios caballeros
corren parejas y juntas.

Y tales brutos cabalgan
cubiertos de oro y espuma,
que pone celos Valencia
á las playas andaluzas.

Sobre un tordillo rodado
el comendador de Cúllar,

ostenta un mote que dice :

«Mi Dios, mis fueros, mi cuna.»

¡Qué bien su genio celoso

tiene la céleste montura

muestra y en el torvo ceño

el señor de Benejúzar!

Su fiero potro morcillo,

porque su blason reluzca

como en las noches de Enero,

sujeta el conde de Luna.

Y con los treques de plata,

y de esmeralda las frutas,

un bravo alazan aguija

Don Guillelmo de Pertusa.

Mas á los viejos guerreros

fué contraria la fortuna;

que como es mujer, al cabo

á un nuevo galan adula.

Vicen Mercader se llama;

apenas el bozo le apunta;

que para estrenar el casco

cortó la guedeja rubia,

Lleva en su adarga de güles

tres pesas de oro muy juntas,

y *Ni res li fall* por mote

explica nombre y alcurnia.

Y á fe que miente la letra,

que en que le falta no hay duda

el corazon, pues lo ha dado

á la heredera de Alcudia,

De tamaña gentileza,

que se moviera disputa,

si no tuviera una hermana,

que Dios no hiciera otra alguna.

Hijas son las dos doncellas

del comendador de Cúllar,

hermosas como diamantes

y como diamantes duras.

Al verlas los campeones,

á fuer de imparciales duran

é quien elegir de entrambas

por reina de aquella lucha.

Y en la plaza de Palacio

entapizada tribuna

levantan, y en ella un trono

que cubre dos sillas juntas.

Dividen el reino entonces

que la belleza sojuzga,

y subdividióse luégo

su potestad absoluta;

Tanto, que ya sus vasallos

do quiera encuentran coyunda,

hallando en sola Valencia

mil reinas de la hermosura.

At pasar, el vencedor

tiende sus mantas la chusma,

y de la naya vecina

mil deidades le saludan.

Hasta el corcel orgulloso

sacude el airon de plumas,

y vuelve al sol porque brillen

sus doradas horraduras,

Y el polvo, que deja en zaga
como blanca niebla, oculta
del escuadron envidioso
las miradas taciturnas.

De hinojos está el mancebo
donde su amante le juzga,
y estas sentidas palabras
de trémula voz escucha :

• Vencisteis, el caballera;
Dios os conceda su ayuda,
y como este lauro agora,
os dé mayores venturas.

Vuestra es la prez y la gala...
La voz se apagay se anuda;
mascon los ojos le dice
• el alma tambien es tuya. •

Mil dulzainas y atabales
do quiera entónces retumban,
y los heraldos su nombre
pregonan con voces rudas.

Francisco primero en tanto,
cautivo de la hermosura,
olvida que es cauteverio
áun el mirador que ocupa;

Y dice, al ver aquel lauro
que ajenas sienes circunda :
• Diera por él mis diademas
de Francia y Navarra juntas. •

Entónces ¡ay! suspirando,

con trémula mano busca
en su frente la corona
y la espada en su cintura.

Un recuerdo de Pavia
todo su semblante anubla,
y al balcon vuelve la espalda
por no descubrir su angustia.

MELCHOR DE PALAU.

TROVAS.

I.

Las primicias le di de mis amores
y ella de hiel dejó mi pecho lleno;
tal de la adelfa las pintadas flores
en los labios que besan sus primores
sientan ingratas su montal veneno.

II.

Cuando el sol radiante asoma
por el cárdeno horizonte,
si la alta nieve del modte
le divisas colorar,
al contacto de su fuego
muy presto en agua trocada

la mirarás desatada
correr en busca del mar;

Eras pura cual la nieve
cuando el sol de los amores
con el color de las flores
pintó tu pálida tez.
Más tarde te vi llorando:
en lágrimas convertida,
también tu virtud perdida
la mar buscaba tal vez.

SEGUIDILLAS.

Hago prenda del alma
con tu recuerdo,
lo que con la hojarasca
el fuerte viento :
siempre conmigo,
ya camine por cielo,
ya por abismos.

Si quieres tus amores
guardar ocultos,
trata que de tal fuego
no salga el humo :
nunca suspires,
que es el humo el suspiro,
que — *fuego* — dice.

Tu corazón y el mío
al árbol copian :
el tuyo, en que cada año
muda sus hojas ;
y el mío ¡ay triste !
en que cada año echa
nuevas raíces.

Yo no sé quién me dijo
que juramento
es porción de palabras
que lleva el viento :
no soples, niña,
cuando juras que me amas,
que das fatiga.

CANTARES

Me dices que no me queje;
¿no me tengo de quejar?
puse en ti *fe* y *esperanza*,
y no encontré *caridad*.

Gotas parecen mis lágrimas,
gotitas de agua de mar,
en lo amargas en lo muchas
y en que al cabo me ahogarán.

Tú te pusiste delante
del ángel que me guiaba,
y en el mar de mis dolores
naufragó mi pobre barca.

Bien se engañó aquel que dijo ;
• cuatro son los elementos ;
• pues más poder tiene amor
que *aire, tierra, mar y fuego.*

¡Oh madre, no llores,
no llores así!
un hijo perdiste, mas tienes un ángel
que vele por ti.

M. DE LOS SANTOS ALVAREZ.

QUINTILLAS.

Vida, pues ya nos cansamos
De andar uno y otro juntos,
Tiempo es ya de que riñamos;
Y en el trance á que llegamos,
Vamos riñendo por puntos.
En el punto del nacer,
Que es mi mayor sentimiento,
¿No me quisiste ofender
Cuando tú me diste el sér,

Sin pedir yo nacimiento?..
Dejárame tú en buen hora
Allí donde yo estuviera,
Y á buen seguro que ahora
No llorara como llora
Rostro que rostro no fuera.

Ni sintiera el corazon,
Que entónces no lo sería,
Esa angustiada afliccion,
Que no tiene ton ni son,
Y llaman melancolía.

Y el tono vil con que te hablo,
Es desprecio, que no es chanza;
Que no hace alto en un vocablo
Quien está entregado al diablo,
Y ha perdido la esperanza.

Y acaso bajo este tono,
Sale envuelto más veneno,
Y más rabia y mas encono
Con este amargo abandono
Que en el más pulido y bueno,

A más que ya estoy cansado
De quejarme con mesura,
Y quiero darme al airado
Contento desesperado
de entrérgame á mi locura.

Y maldiciéndote ¡oh vida!
Con osada voz y fuerte,
Quiero dejarte ofendida,
ajada y escarnecida.
en los brazos de la muerte.

Si ahora que eres hermosa
y tan jóven, tal me aquejas...
¿Qué será cuando asquerosa,
estés torpe y fastidiosa
como las mujeres viejas?
Antes de seguir contigo
en tan sucio matrimonio,
reniego de tí y maldigo,
y contra tí busco abrigo
en el seno del demonio.

Más quejas tengo que darte
de mi amargo sufrimiento,
pero me ahoga al hablarte
la rabia por una parte
y por otra el desaliento.

¡Ea... vida márchate
con dos mil pares de cuernos!...
Porque si no, te daré
tan furioso puntapié,
que pares en los infiernos.

ENDECHAS.

¡Dulce bien de mi vida,
Me van á ahorcar;
Vente con el verdugo
Sin más tardar!
Quiero entregarte el alma,
Que tuya es;
Y á tí se irá saltand
Desde el cordel,

Y hasta mi pobre cuerpo
Tuyo será,
Si haces lo que te pide
Mi amante afan.

Cuelga de tu recuerdo
Mi cuerpo fiel,
Y déjale mecerse
Colgado en él.

¡Y ama al que con sus besos
Te haga olvidar,
Que en tí mi cuerpo ahorcado
Vá y viene y vá!

SONETO.

¡Adios, dulce ilusion, rica en colores!
¡Adios, sueños hermosos de mi vida!
¡Adios por siempre! ¡Y vayan de partida
con vosotros mi bien y mi amores!
Deja tal vez el céfiro á las flores
un suspiro por tierna despedida,
cuando pasando la estación florida
lleva al cielo sus últimos olores.
El céfiro suave de esperanza
que dió á mi corazon vida y frescura,
¡ay de mí ya pasó... ¡triste mudanza!
que solo me dejó de su dulzura
este que triste y amoroso lanza
mi corazon suspiró de ternura!

NARCISO SERRA.

A JOAQUINA.

Joaquina, me desatina,
Cuando me miro al espejo,
El encontrarme tan viejo,
;Pero tan viejo, Joaquina!

Llena el corazon de pena
Que ya no moje la lluvia
Mi larga melena rubia,
Que ni es rubia ni melena.

Y escucho á cuantos me ven :
— ;Oh! Narciso Serra, salvo
Que se halla baldado, calvo
Y hecho una plasta, está bien.

Y cada vez que te veo
En mi dolor siento creces :
Tú cada dia embelleces,
Y yo cada dia *enfeo*.

Y comento por mil puntos
Este pensamiento amargo :
— Yo soy viejo, y sin embargo,
Hemos sido niños juntos,

LAS MUJERES.

El nombre no recuerdo á punto fijo
De un apóstol que dijo:
De Dios el hombre es gloria,
Del hombre la mujer es otro tanto,
Yo repasando mi amorosa historia
No puedo estar conforme con el santo,
Porque me acuerdo con pesar eterno
De mujeres ya dulces ó ya esquivas,
Que en vez de ser mi gloria, ;voto á cribas!
Sólo han sido mi infierno.
Una con calculado desdén frío
Dejó en mi corazon yerto un vacío;
Otra, ceder fingiendo á mi deseo,
Me enseñó del amor el lado feo ;
Otra en el alma mia
Haciendo presa en su imprudencia loca,
Envenenó el aliento de su boca
Las ilusiones ; ay! que yo tenia...
Y otra... y otras despues á cual más bellas
Fueron á cual peores todas ellas,
Y con tantos vaivenes,
Hermosos males y mezquinos bienes,
Celos, incertidumbres,
Y mudanza continúa de costumbres;
Saqué solo en la liza
El triste corazon hecho ceniza,
Desencantado y pobre el pensamiento ;
Y (lo que yo más siento)

Mi juventud de puro mal pasada,
 Parece una vejez bien conservada;
 ¡Ay! ¿ para qué me sirve la existencia?
 Muerta la luz de mi esperanza hermosa,
 ¡Nada tengo!... sí tengo, la experiencia,
 Que según dicen es una gran cosa.
 Hor ella vemos que el amor nos daña,
 Que el que se dice amigo nos engaña,
 Y que cuanto en la tierra se sustenta,
 Es por operación de compra y venta;
 Y acabamos un día,
 Cargados de experiencia,
 Por bendecir la dulce pulmonía,
 Que nos lleva de Dios á la presencia.
 Todos estos placeres
 A vosotros debemos; oh mujeres!
 Yo, por más que os esté reconocido,
 A la experiencia que me habeis legado,
 Lloro por el perdido
 Hermoso tiempo que viví engañado,
 Que es el único tiempo que he vivido.
 Estas razones tengo
 Para... amaros; por eso no convengo
 Con... — no recuerdo el nombre á punto fijo,
De Dios el hombre es gloria,
Del hombre la mujer es otro tanto.
 Yo, repasando mi amorosa historia,
 No puedo estar conforme el santo.

NICOMEDES PASTOR DIAZ

LA MARIPOSA NEGRA.

Borraba ya del pensamiento mío
 de la tristeza el importuno ceño;
 dulce era mi vivir, dulce mi sueño,
 dulce mi despertar,

Va en mi pecho era lóbrego y vacío
 el que un tiempo rugió volcán hirviente;
 ya no pasaban negras por mi frente
 nubes que hacen llorar.

Era una noche azul, serena, clara,
 cuando, embebido en plácido desvelo,
 alzé los ojos en tributo al cielo
 de tierna gratitud.

Mas ¡ay! que apenas lánguida se alzara
 este mirar de eterna desventura,
 turbarse vi la lívida blancura
 de la nocturna luz.

Incierta sombra que mi sien circunda
 cruzar siento en zumbido revolante,
 y con nubloso vértigo incesante
 á mi vista girar.

Cubrió la luz incierta, moribunda,
 con álas de vapor, informe objeto:

cubrió mi corazón terror secreto,
que no pude calmar.

No, como un tiempo colosal quimera
mi atónita atención amedrentaba;
mis oídos profundo no aterraba
acento de pavor.

Que fué la aparición vaga y ligera,
leve la sombra aérea y nebulosa
que fué solo una negra mariposa
volando en derredor.

No, cual suele, fijó su giro errante
la antorcha que alumbraba mi desvelo;
de tu siniestro, misterioso vuelo
la luz no era el iman.

¡Ay! que solo el fulgor agonizante
en mis lánguidos ojos abatidos
ser creí de sus giros repetidos
secreto talisman.

Lo creo sí, que á mi agitada suerte
su extraña aparición no será en vano:
desde la noche de ese infausto arcano
¡ay Dios! aún no dormí.

¿Anunciárame próxima la muerte?
¿O es más negro su vuelo repentino?
Ella trae un mensaje del Destino;

Yo... no lo comprendí!

Ya no aparece sola entre las sombras,
doquier me envuelve su funesto giro;
á cada instante sobre mí la miro
mil círculos trazar.

Del campo entre las plácidas alfombras,
del bosque entre el ramaje la contemplo,
y hasta bajo las bóvedas del templo...
y ante el sagrado altar.

• Para calmar mi frenesí secreto
cesa un instante, negra mariposa,
tus leves alas en mi frente posa;

tal vez me aquietarás...
Mas redonblando su girar inquieto
huye, y parece que á mi voz se aleja,
y revuelve, y me sigue, y no me deja...
ni se pára jamás.

A veces creo que un sepulcro amado
lanzó, bajo esta larva aterradora,
el espíritu errante que aún adora
mi yerto corazón.

Y una vez ¡ay! estático y helado,
la ví, la ví... creciendo de repente,
mágica desplegar sobre mi frente
nueva trasformación.

Ví tenderse sus alas como un velo
sobre un cuerpo fantástico colgadas,
oren zagante túnica trocadas

só un manto funeral.

Y el lúgubre zumbido de su vuelo
trocóse en voz profunda, melodiosa,
y trocóse la negra mariposa,
en Génio celestial.

—
Cual sobre estatua de ébano luciente,
un rostro se alza en ademán sublime
do en pálido marfil su huella imprime
sobre humano dolor;
y de sus ojos el brillar ardiente,
fñsforo de vision, fuego del cielo,
hiere en el alma, como hiere el vuelo
del rayo vengador!

—
Un momento ¡gran Dios! mis brazos yertos
desesperado la tendí gritando:

• Ven de una vez, la dije sollozando,
ven y me matarás? •

Mas ay! que cual las sombras de los muertos,
sus formas vauas á mi voz retira,
y de nuevo circula, y zumba y gira...
y no pára jamás...

—
¿Qué potencia infernal mi mente altera?
¿de dónde viene esta vision pasmosa?

Ese Génio... esa negra mariposa
¿qué es?... ¿qué quiere de mí?...

En vano llamo á mi ilusion quimera
no hay más verdad que la ilusion del alma,

verdad fué mi quietud, mi paz, mi calma...
verdad que ya perdí!

—
Por ocultos resortes agitado,
vuelvo al llanto otra vez hondo y doliente:
y mi canto otra vez vuela y mi mente
á esa extraña region,
do sobre el cráter de un abismo helado
las nieves del volcan se derritieron...
al fuego que ligeras encendieron
tus álas de crespon.

—
PEDRO A. ALARGON.

EL SECRETO.

• Yo no quíeron morirme, •
dice la niña,
tendiendo hácia su madre
dos manecitas
calenturientas,
cual dos blancos jazmines
que el viento seca:

—
Un silencio de muerte
la madre guarda:
¡ay! si hablara vertiera
mares de lágrimas!

Besa á su hija,
y áun la fingen sus lábios
una sonrisa.

Del cuello de la madre
la hija se cuelga,
y pegada á su oído,
pálida y trémula,
con sordo acento
dícela horrorizada :

— « Oye un secreto,

- « ¿Sabes por qué á morirme
» le temo tanto?
» Porque luego me llevan
» toda de blanco
» al cementerio...
» ¡y de verme allí sola
» vá á darme miedo! »

- « Hija de mis entrañas,
» grita la madre,
» Dios querrá que me vivas...
» y aunque te mate,
» descuida, hermosa,
» que tú en el cementerio
» no estarás sola! »

AL OCÉANO ATLANTICO.

ODA.

¡ Tú eres el mar sin término ni calma
que en sus delirios concibió la mente!
¡ tú eres el viejo Atlante poderoso,
á cuya voz rugiente
tiemblan los hemisferios!
¡ tu eres el mar incógnito, y profundo
que dilata sus líquidos imperios
de Norte á Sur, de un mundo al otro mundo;

Tú eres el mar de inmensa lontananza,
patria sin fin del pensamiento solo,
guardador de la América fragante
y de los blancos témpano del Polo.
¡ tú, encadenado, intrépido gigante,
sacudes en tu cárcel con fiereza
de la tierra los ejes de diamante,
y ardiendo escupes tu rabiosa baba
en las rocas inmóviles y solas
que la que ayer gimió tu humilde esclava
opone al tumbo de tus recias olas...
O, rendido del áspero combate,
en la arenosa playa te reclinás,
y con desdén y majestad te duermes
del mundo que asolaste en las ruinas.

Yo contemplé aquel lago de esmeraldas,
aquel mar peregrino y cristalino
que del Veleta las azules faldas
plácido copia en éxtasis continuo :
yo al pié del Apenino
sus olas ví tenderse lisonjeras,
retratando en su espejo diamantino
blancas ciudades, fértiles riberas.
Desde el agua tranquila
do la gentil Parthénope reposa,
de Caribdis y Scila
sentí á lo lejos la sañuda queja ;
y allá donde la aurora
su nueva luz al despertar refleja,
soñé las playas que el cristiano odora.
La clara linfa en que Anfitrite baña
su breve pié de nacarada espuma
cruzó también mi ilusion divina ;
y acaso en re la niebla vespertina
pensé mirar las islas de la Grecia
cual bandada de cisnes adormidos,
ó ví alzarse a Venecia
de en medio las fatídicas lagunas,
y más allá la reina del Oriente,
coronada la sien de medias-lunas...
Mas ¡ay! aquel espejo transparente
de recuerdo de amor y de poesía ;
estranque aprisionado, que el tridente
de Sidon y Cartago prepotente
puerto de sus empresas hizo, un día :

del imperio latino en la porfía
charco de sangre, que bastaba apenas
à soportar las naves
de oro y cautivos y soldados llenas ;
aquel golio palenque de la historia,
estrecho circo de la humana gloria,
cerrado panteon, fosa colmada,
no mitigó del alma arrebatada
la devorante sed : no era el grandioso
mar inconmensurable
que prometia, con lejanos gritos,
al afan del espíritu insaciable,
páramos infinitos!...
Opreso el corazon, yo lo veía ;
y ver más anhelaba ;
y agotarlo temía...
¡Del Africa feroz la costa brava
imaginaba allá mi fantasía,
y ¡ay! en la costa aquella,
si no la vista, la ilusion se estrella!
¡Aquí no! Melancólico y desierto,
al horizonte llega tu oleaje,
que sin recuerdos y sin nombre lanza
su ronco aliento ó su clamor salvaje.
Del Austro al Bóreas tu poder alcanza
y desde Ocaso á Oriente :
¡en tí se mira el sol desde que ardiente
de tu puro zafir trémulo nace,
hasta que mústio, tras el lento día,
vuelve á tus brazos y en tu seno yace!

¡Oh, si: tú eres el mar... ¡tú solamente! —
Tú eres aquel Titan, pávor del Griego,
que el globo trastornara en una hora
cuando, selvas y cúspides talando,
cruzó los valles con arrojo ciego
de Calpe la corriente mugidora...
Tú eres la inundacion y tú el diluvio;
tú el corazon del Orbe...
Torrentes van á tí de cielo y tierra,
y cielo y tierra tu ambicion absorbe.
Son tus artérias los cansados rios,
tu vida el huracan, tu voz el trueno,
y la luna tu amor... — Tus fieros bríos
calmas con verla, y al dormir sereno
de la alta noche en la quietud tranquila
palpitante por ella el ancho seno,
aún, como tigre que durmiendo acecha,
revuelves en la sombra la pupila...
Mas si ausente la lloras, ó, de nubes
su faz velando, te la roba el cielo...
¡al cielo en busca de tu amada subes,
gritos lanzando de furor y duelo!
Tiembra espantado el suelo;
rebrama el viento y resplandeca el rayo
en la noche sin fin; de tu hondo seno
hinchado de sollozos, se levanta
ébrida y sañuda la pujante ola,
asordando el estrépito del trueno.
hasta que al fin... en los espacios, sola,
reaparece la luna, y vuelves
y vuelves á dormir dulce y sereno

como apacible, diáfana laguna.
¡Ay de la nave en tanto!
¡ay del orgullo y de la altiva ciencia
del mísero mortal!... ¡Como eco vano,
se perderá en tu atroz omnipotencia
todo el arrojo y el poder humano!

—
¡Infinito Océano! ¡Aniquilada
cae mi lira en tu arena, y temblorosa
tu inmensidad magnífica saluda!
¡Cuánto soñó mi alma la hora hermosa
de contemplarte así, con pompa muda,
adormido leon, cansado atleta,
grande cual nunca en tu imperial reposo,
estrechar con tus brazos de coloso
la redondez ingente del planeta!

—
Hora es la tarde... Soñoliento y triste
recuesta el sol en tu apacible seno
la enrojecida frente fatigada...
¡Cuán amante y sereno
bebes; oh mar! su lumbre regalada,
y en tus plácidas olas reverberas
del Poniente las luces postrimeras!
¡Ay! tu augusto desierto sin medida
infunde al alma mistica ternura,
y vuelve al corazon la fé perdida!
¡De Dios... del sumo Dios eres hechura!...
y el espíritu audaz que me da vida,
inmenso como tú, cual tú sin calma,

ve á ese Dios en tu líquida llanura...;
que eres tú, melancólico elemento,
tal vez la imágen colosal del alma!

EL CIGARRO.

Lío tabaco en un papel; agarro
lumbre, y lo enciendo; arde, y á medida
que arde, muere; muere, y enseguida
tiro la punta; bárrenla, y... al carro!

Un alma envuelve Dios en frágil barro,
y la enciende en la lumbre de la vida;
chupa el tiempo, y resulta en la partida
un cadáver. — El hombre es un cigarro.

La ceniza que cae, es su ventura;
el humo que se eleva, su esperanza;
lo que arderá despues... su loco anhelo.

Cigarro tras cigarro el tiempo apura;
colilla tras colilla al hoyo lanza;
pero el aroma... piérdese en el cielo!

LAS CEREZAS.

DE VÍCTOR HUGO.

Por cerezas garrafales
íbamos juntos al huerto;
con sus brazos de alabastro
escalaba los cerezos,
y montábase en las ramas

que se doblaban al peso.

Yo subía detrás de *ella*
y mis ojos indiscretos
su blanca pierna veían...
y *ella* cantando y riendo
les decía con sus ojos
á mis ojos: — « Estad, quietos! »

Luego hácia mí se inclinaba,
de los dientes ya trayendo
suspendida una cereza,
y entre sus lábios bermejos
trémula me la ofrecía;
y yo mi boca de fuego
sobre su boca posaba;
y *ella* siempre sonriendo
me dejaba su cereza,
y se llevaba mi beso.

RAMON DE CAMPOAMOR.

LA CONDICION.

DOLORA.

Al regresar del otero,
Lleno de gozo y cariño
Les dió á una niña y un niño
Dos pájaros un cabrero.
Dándole un beso primero,